

## Cientificismo y humanismo

Alfonso Rubio y Rubio

(Artículo publicado por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Monterrey Nuevo León, 1947)

Allá, en la Europa de la segunda mitad del siglo XIX, frente a los desvíos y excesos del “idealismo” poskantiano, Augusto Comte intentaba restablecer la salud de la sociedad con el predominio absoluto de las ciencias experimentales. Se inauguraba, así, en la historia del pensamiento humano, la etapa “positivista”; cuyas últimas consecuencias aún estamos padeciendo.

Para Comte, que reconoce como antecedentes principales a Hume y a Condillac, la totalidad del conocimiento se agota válidamente en las puras relaciones de fenómenos. “Los límites de la ciencia son los límites de la experiencia”. Fuera de ésta es imposible alcanzar certeza alguna; y aún se pone en entredicho la certeza absoluta de la ciencias experimentales, En realidad, lo único absoluto es el principio que postula que todo es relativo, ya que frente a la observación de los hechos el hombre sólo puede testificar un “hasta ahora los fenómenos se han comportado de esta manera”.

El estudio de los hechos sensibles prelude la clasificación comtiana de las ciencias. Estas se ordenan en una jerarquía que se eleva de lo más simple a lo más complejo: de las matemáticas a la sociología, pasando por la astronomía, la física, la química y la biología.

Hay que conceder importancia capital a la sociología porque ella fija la ley natural de la historia de la sociedad. El conocimiento de esta ley marcará el futuro de la sociedad misma. Según Comte (he aquí el famoso principio de los tres estadios), la humanidad en su historia a recorrido tres etapas. Por lo que al pensamiento se refiere, en una etapa inicial, el hombre trata de explicar los fenómenos que observa en el universo, recurriendo a fuerzas sobrenaturales. Es la etapa teológica en donde privan los mitos y las religiones. En una segunda etapa, nacida por evolución de la primera, el hombre abandona la explicación mítico-teológica y echa mano de conceptos generales, considerados como elementos ocultos que obran tras los fenómenos sensibles.

Es la etapa metafísica en donde impera la filosofía. En la última etapa, también nacida por evolución de la segunda, el hombre desecha toda concepción teológica o metafísica del universo para quedarse a solas con los fenómenos particulares de los que, a través de la observación de sus repeticiones, desprende leyes que se basan exclusivamente en una constatación experimental. Esta es la etapa de la ciencia positiva. En ella, dice Comte, vive la humanidad. Y asegura: cuando triunfe totalmente esta concepción positivista del universo y se obtenga con ella el fruto de la organización económica e industrial de la vida, se habrá realizado el destino de la evolución histórica de la sociedad.

La prédica de Comte pronto encuentra resonancia en toda Europa, y más tarde, sólo un poco más tarde, la fiebre positivista se apodera de todo el mundo. El positivismo había encontrado la clave de su propagación en las universidades y en las escuelas. Si la salud de la sociedad estaba en las ciencias experimentales, la educación debería ser reducida a impartir exclusivamente conocimientos estrictamente científicos. Técnicos y sabios exigía la sociedad; y, en todo caso, especialistas que aseguraran la eficacia de la ciencia y de la técnica.

Frente las ventajas que le prometía el dominio sobre la materia, no imaginó la humanidad el precio que habría de pagar por Nevar a sus últimas consecuencias el error positivista. La primogenitura espiritual del hombre era vendida por el plato de lentejas. Baste considerar, al efecto, que la tragedia de nuestra época no es sino el fruto maduro y natural de la actitud positivista que mutiló a la persona a privarla de sus capacidades más altas. La crisis que padece la civilización mundial nos ha manifestado con dolorosa evidencia que sin un empeño superior de salvación, la ciencia y la técnica llegan a las más pavorosas aplicaciones inhumanas Y es natural que así gea: pues ahí donde la soberbia renuncié, sin reconquista posible, al imperio de los valores del espíritu, para quedarse con el dominio de las fuerzas naturales por el simple valor utilitario de ellas, sin dirección ni subordinación ulterior, ahí mismo el poder de las fuerzas naturales fué desatado contra los soberbios, poniendo en peligro la existencia misma-de la humanidad. Tal es la trágica paradoja que se oculta en el principio que postula el valor absoluto de la ciencia.

No se crea, sin embargo que todos se dejaron seducir por la ilusión positivista. El núcleo de los mejores permaneció insobornable a las ventajas de la técnica y de la economía. Y a él se debe que en plano de lo filosófico el positivismo haya sido parcial y transitorio. La humanidad, en cambio, ha necesitado sentir en carne propia la angustia y la zozobra del naufragio para buscar con autenticidad la tabla de salvación definitiva.

De ninguna manera debe entenderse lo anterior como un desprecio hacia la ciencia y la técnica contemporáneas. Tal desprecio sería, en lo filosófico, otro error que atentaría contra la unidad de naturaleza material y espiritual del hombre, y en lo vital, a lo menos, una pedante actitud de los snobs de la cultura. La ciencia y la técnica son naturalmente bienes para el hombre; pero no bienes absolutos, sino limitados y relativos; por ello es necesario integrarlos y jerarquizarlos en la esfera total de los conocimientos.

Precisamente el error de Comte estriba en haber tomado a la religión, a la cultura y a la ciencia como estadios temporales de la evolución de la humanidad, cuando de hecho tales tipos de saber no señalan sino un proceso de diferenciación e integración del espíritu.

A tres fines, enseña Scheler, puede y debe servir el saber: a la dominación y transformación del mundo para el logro de propósitos humanos. Tal es la ciencia positiva, el saber de dominio o de resultados prácticos. Al íntegro florecimiento de la persona humana, a la realización de todas sus capacidades y virtudes, en una palabra a su perfección: tal es la cultura, el saber del ser y la esencia de la persona espiritual en el hombre. Por último al conocimiento y posesión del fundamento supremo existencial y esencial del mundo y del hombre: tal es la teología, no sólo natural sino sobrenatural, ya que es un saber acerca de la existencia, la esencia y la deidad de lo que es causa y fin de todas las cosas e inmensas promesas de felicidad para el hombre.

Con una clarividencia sorprendente, en medio de la confusión positivista, Max Scheler hacía notar que ninguna de estas especies de saber puede suplir o representar a las otras. Ha llegado la hora, en el mundo, decía, de que se abra camino una nivelación, un equilibrio, y al mismo tiempo una integración de estas tres direcciones parciales del espíritu. El saber práctico, orientado hacia los fines del saber oculto, puesto que el dominio y transformación de la naturaleza han de servir y no de dominar al advenimiento del centro más hondo

que posee el hombre, el florecimiento de su persona, Pero a su vez, el saber culto ha de ponerse al servicio del saber de salvación, subordinándose a la esfera que se inserta en lo Absoluto.

Afortunadamente, en nuestros días, comienzan a llegar a nosotros rumores de reviviscencia, y ellos provienen de los lugares que constituyen los centros motores más importantes de la vida personal, social y política: las universidades. Por toda América se alzan ya voces nuevas indicando como único camino seguro de salvación, la vuelta al humanismo. Por fin se comienza a comprender una verdad evidente: antes que especialistas técnicos y sabios, la sociedad necesita hombres. De esta manera se propugna por la enseñanza de la Metafísica, base y centro de toda la cultura.

Venciendo resistencias enormes todavía, la luz se va haciendo en todos los hombres. La barbarie de los especialismos comienza ya a tener el sabor de una pesadilla que se va desvaneciendo. El náufrago a merced de todas las circunstancias se pregunta ahora angustiosamente por la significación de su existencia, por el sentido de su tarea, por su fin en el universo; poco a poco el dolor le ha devuelto la conciencia de sus limitaciones y de sus excelencias, de su responsabilidad, de sus obligaciones y de sus derechos. Pero, sobre todo, el afán de salvación le ha hecho buscar con urgencia perentoria los valores de la religión, de la moral y de la cultura.

Sobre las universidades y centros de educación recae la responsabilidad de que estas posibilidades de salvación no se frustren. Y se frustrarán si no se cambian las pautas, los criterios y los programas tradicionales. Si la educación se sigue impartiendo conforme a moldes positivistas, salpicados con las llamadas materias culturales. Toda tarea, todo empeño será vano mientras se siga considerando a la cultura como simple ornato de la mente o a lo más como disciplina del carácter. Ya se ha visto que la cultura no es categoría del saber, sino del ser; implica, por ello, una actitud de espíritu, un repertorio de convicciones que guíen efectivamente al hombre en su existencia. Cultura, ha dicho J. O. y Gasset, es lo que evita que la existencia del hombre sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento.

Nuestras universidades deben hacerse cargo de que al postular la educación humanística están comprometiendo toda una metafísica. Y es necesario determinarla.

Incorporado México a la cultura Occidental ya tiene un claro concepto de lo humano. Forjarlo es la tarea de la educación.

El humanismo occidental, dice J. Maritain, reconoce en el hombre algo que respira por encima del tiempo, una personalidad cuyas necesidades más profundas superan todo el orden del universo; tiende, por ello, a manifestar en el hombre su grandeza original haciéndolo participar en todo cuanto puede enriquecerlo en la naturaleza y en la historia; requiere que el hombre desarrolle las virtualidades en él contenidas, sus fuerzas creadoras y la vida de la razón, y trabaje para convertir las fuerzas del mundo físico en instrumentos de su libertad.

Sólo median una concepción de lo humano en donde la virtud esté coronada por el amor y la gracia; el conocimiento dignificado por la fe, y la voluntad enriquecida por la esperanza del bien trascendente que constituye nuestro término postrero, se podrá realizar el tipo de hombre que diseñaba el maestro Vasconcelos:

"Jóvenes firmes por la fe, serenos por la esperanza, fértiles por la caridad", concientes de su dignidad y de su altísima misión dentro de la patria y de la humanidad.